

en materia de costumbres., ¡Ah! ¡el orador católico no dice lo bastante! ¿No conoce él gentes que confiesan esa autoridad divina, y que viven, sin embargo, como los puercos de Epicuro? ¿Habrán que recordarle las crónicas escandalosas de Roma? Que recoja si lo prefiere las pruebas que encierran los anales de la justicia criminal en Bélgica y en Francia.

Todos los males deplorados por el orador católico se pueden resumir en uno solo: la emancipación de toda autoridad divina, es decir, que la humanidad pretende salvarse á su modo, sin cuidarse ni de la Sagrada Escritura, ni de la santa Iglesia, ni del pontífice romano. ¡Hé ahí la abominación de la desolación! “La fe, conmovida por tantos ataques, pierde cada día parte de su fuerza entre las muchedumbres cristianas, lo cual, como es sabido, constituye la alegría de los impíos y causa el dolor de los buenos. ¡Cuántos han perdido ya la fe en Europa, y cuántos, dicho sea en verdad, son católicos sólo de nombre! ¡Qué abatimiento y cuántas defecciones! ¡No parece sino que una sombría nube cubre para los hombres el sol de la verdad!”, Esto es grave, pero es singular. Habla el orador en 1865, dos años después que la Encíclica era conocida de todo el mundo. Estamos en plena reacción religiosa; el ultramontanismo está en su apogeo, y sin embargo, la fe se extingue; y se extingue, no en los libres pensadores, sino entre las muchedumbres cristianas. Los templos están llenos; pero los que forman cola en el confesionario no son católicos más que de nombre. ¡Sepulcros cubiertos de un mármol blanco, ó digámoslo de otro modo, hipócritas! ¡Y hé ahí el fruto de la reacción religiosa, la hipocresía! Y el papa, que, al decir de nuestros obispos, hace estremecer á la impiedad, resulta que ha clamado en el desierto. ¡No valía eso el trabajo de componer un *Syllabus*!

En lugar de escuchar al santo padre, los hombres escuchan su razón. ¡Cómo admirar que las inteligencias se oscurezcan! En otro tiempo, cuando la razón estaba sometida á la Iglesia, irradiaba la luz: buena prueba de ello los largos siglos de la Edad Media, á que los historiadores, en su ignorancia, llaman siglos de hierro. Hoy se quiere que la razón sola se constituya soberana de todas las cosas. Se quiere ¡oh locura! que la razón organice la sociedad y gobierne el Estado; y ¿qué digo? los hay que llevan la sinrazón hasta proclamar que no

hay más religión que la de la razón, á la cual llaman *religión natural*. La demencia no conoce ya límites; los hombres abandonan los altares de la Santísima Virgen, y quieren reemplazarla con el culto á la libertad. Predicar el culto á la libertad es destruir el catolicismo. “Es preciso no tener ojos, exclama el orador católico, para no ver el desprecio que se hace, especialmente entre las clases que se vanaglorian de científicas, del catolicismo y hasta del cristianismo, odio y desprecio de sus dogmas, de sus misterios, de su moral, de sus ceremonias y de su jerarquía.” ¿Qué objeto tiene esa guerra de injurias, de calumnias y de persecuciones? El obispo de Ajuila nos lo va á decir.

En el siglo anterior, la consigna de los enemigos del cristianismo era: *¡Aplastemos la infame!* “Bien sabido es lo que significaba esa palabra impía.” Pues bien, la impiedad de Voltaire era piedad en comparación de la incredulidad de nuestros días. ¡Incredulidad!... No es esa la palabra; nuestros incrédulos tienen un culto, pero ¡horrible! escándalo! el primer artículo de su profesión de fe es éste: *Adoremus á Satanás*. “Y esa palabra maldita se repite de un extremo á otro de la Europa.” Tienes razón al hablar de una religión nueva; pero hay que llamarla por su nombre, *el satanismo*. No se rían los incrédulos; el orador católico habla seriamente y con las pruebas de su acusación en la mano. ¿Cuáles son los primeros gérmenes del *satanismo*? Hay quien cree que el diablo encarnado era Voltaire, otros dicen que es Lutero. Pero el obispo de Aquila sube á la verdadera fuente, que es el griego y el latín. Escuchad:

“Hay una época que divide en dos períodos completamente opuestos la vida de la Europa: el período antiguo, en que era cristiana hasta en su forma, y el período moderno, en que la Europa se hace pagana. Pues esa época es el siglo XV, al cual de común acuerdo se da el nombre de siglo del Renacimiento.” Y ¿qué es lo que renació? Todo el mundo lo sabe; los escritores latinos y griegos; y tras ellos el paganismo, del cual eran profetas. “Entonces fué, dice el elocuente orador, entonces fué cuando la Europa comenzó á repudiar abiertamente su antigüedad cristiana, su teología, su filosofía, su literatura, su política, sus artes, sus instituciones, en una palabra, toda su civilización cristiana, y se dedicó á renacer, creándose un arte, una literatura, una filosofía, una política, una civiliza-

ción completamente aparte de su fe religiosa y de sus tradiciones históricas.” Nada más cierto, sólo que su ilustrísima olvida señalar los verdaderos culpables, que no fueron Homero, ni Platón, ni Horacio, ni Tácito, los cuales reposaban tranquilos durmiendo el sueño de los muertos. Y ¿quién les resucitó? ¿Quién gastó el patrimonio de la Iglesia, el patrimonio de los pobres, en comprar los manuscritos medio corroidos que encerraban el veneno del paganismo? Los papas. ¿Quién protegió á los cismáticos literatos refugiados en Italia luego que Constantinopla cayó en poder de los Turcos? Los papas. ¿Quién se encargó desde el siglo XVI de distribuir ese veneno y de inocularle en la tierna infancia? La milicia de los papas, los jesuitas. Luego son los papas y los jesuitas los que tomaron la iniciativa de un movimiento que ha venido á parar al satanismo. Poco importa, se dirá, que los culpables sean tales ó cuales; lo esencial es conocer el mal y el remedio. Si la civilización de la Edad Media es la civilización cristiana, y si la moderna es pagana, preciso es que los buenos cristianos rechacen esta última. Echemos, pues, al fuego nuestros filósofos, principiando por Giordano Bruno, á quien la Iglesia hizo muy bien en quemar, y tomemos por maestro á Santo Tomás y por directora la escolástica. Echemos en la misma hoguera á nuestros poetas, Shakespeare y Corneille, Molière y Goethe, y en su lugar ¿qué colocaremos? La literatura cristiana, es decir, nada de literatura. En cuanto á nuestras instituciones políticas y á los principios del 89, haremos un auto de fe, y después restableceremos los diezmos, el patrimonio de los pobres, el derecho de asilo y las demás inmunidades de nuestra santa madre Iglesia, así como la supremacía del papa sobre los reyes.

¿Qué es lo que constituye la esencia del satanismo? Decir que es el paganismo es muy vago; porque nosotros no adoramos á Júpiter ni á Venus. El obispo de Aquila va á responder á nuestra pregunta: “Con el Renacimiento, dice, nacieron la libertad de pensar y el racionalismo, y se hicieron adultos en pocos años. El quinto concilio de Letrán de 1512 se apresuró á condenarlos; pero ya estaban muy en boga las principales escuelas racionalistas de la Grecia, y la flor de la juventud había bebido en ellas ese nuevo espíritu al que se ha llamado después espíritu moderno. Esa época marcó la última hora de la vieja Europa: artes, li-

teratura, filosofía, política, civilización, todo cambió. Entonces aparecieron los ídolos en medio de Israel, y el fruto prohibido volvió á traer las miradas de los hijos de Eva.” Comenzó á hacerse la luz. Cuando el papa y sus defensores maldicen el espíritu moderno ó la civilización moderna; cuando dicen que es el reinado de Belial ó el *satanismo*, y cuando atribuyen la primera invasión de Satanás al Renacimiento, á quien realmente acusan es á la razón; y para ellos, *racionalismo* y *satanismo* son sinónimos. Esto es grave. El verdadero pecado de Adán que desde el nacer nos inficiona es la razón, y ese es entonces el diablo que la Iglesia trata de arrojar de los recién nacidos por medio de sus exorcismos; sólo que la razón ó el diablo son testarudos, y vuelven á la carga bajo las formas del griego y el latín. Verdad es que no todos los hombres aprenden latín y griego; pero bien sabido es que las enfermedades contagiosas no respetan á nadie; la razón inficiona el aire y penetra por todas partes. Hé ahí el mal de que adolece la Europa y que bien se puede llamar *satanismo*, puesto que fué el diablo, bajo la forma de serpiente, el primero que le trajo al mundo. Desde entonces no se ha podido conseguir la extirpación del contagio. En vano fué que Jesucristo aplastase la cabeza de la serpiente; es una serpiente que tiene tantas cabezas como hay hombres, toda vez que cada uno de nosotros la lleva en su seno con el nombre de razón. Gracias al griego y al latín del Renacimiento, la razón ó el diablo ha vuelto á triunfar de Jesucristo (a). Esto parece un sacrilego chiste. Nada menos que eso; fieles relatores, vamos á copiar literalmente el discurso que los católicos celebran como un comentario auténtico de la Bula de Pío IX.

“Las verdades disminuyen, las almas sacuden el yugo de la fe, las costumbres se depravan, se renuevan las luchas entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, entre la prudencia y la necedad; es indudable que el antiguo príncipe de este

(a) El discreto lector advertirá que Laurent, dejándose llevar de la pasión que engendra la lucha que sostienen en Bélgica los liberales y los católicos, confunde con éstos á Jesucristo, y la conducta de Roma y de los ultramontanos con el Evangelio. Con lo cual hace, sin quererlo, la causa de los ultramontanos; pero causa gran daño al sentimiento religioso, y de rechazo á la misma causa de la libertad, de que se muestra tan celoso defensor. Con más serenidad que Laurent y con espíritu más filosófico y más trascendental, siguen bien diferente rumbo escritores demócratas como Michelet y Edgar Quinet, filósofos como Boudas y Huet, y liberales como Guizot y como Lamennais.—(N. del T.)

mundo, vencido por el divino Redentor, no ha dejado nunca de trabajar en medio de su infernal malicia para reconquistar el terreno perdido; y poco á poco ha vuelto á entrar en el seno de las naciones cristianas con una autoridad y un imperio poco diferentes de los que ejercía antes de la solemne derrota del Calvario, lo cual ha permitido Dios, tanto para la salud de los elegidos como para la gloria y el triunfo final de su Iglesia. Hé aquí, pues, al diablo, al antiguo príncipe de este mundo, otra vez apoderado de él. Nosotros comprendemos esto; pero lo que no se comprende es que su triunfo sirva para la salvación de los elegidos, porque escrito está que son muchos los llamados y pocos los elegidos, como no sea que éstos gocen más cuantos más sean los tormentos que sufran los condenados. Y todavía comprendemos menos que ese gran número de condenados pueda servir para el triunfo final de la Iglesia. ¿No sería más bello el triunfo si todos los hombres fuesen arrancados á Satanás?

Los defensores de la Iglesia dirán que nuestro deseo es interesado, puesto que pertenecemos, como librepensadores, al reino de Satanás, el cual está á punto de terminar. "Es indudable, dice el obispo de Aquila, que la Europa vuelve al paganismo, ó, mejor dicho, al satanismo." Os encogéis de hombros, enhorabuena; pero no negaréis lo que pasa ante vuestros ojos. "Ved cómo reaparecen las más extravagantes supersticiones. ¿Qué otra cosa son, en efecto, esos miles de mesas parlantes, esos espíritus que tocan á las puertas, las apariciones, las evocaciones y las conversaciones con los muertos que han invadido súbitamente al antiguo y al nuevo mundo? ¿Qué otra cosa es esa inaudita renovación de prácticas secretas, y esos millares de personas que recurren á tales prácticas en las principales ciudades de Europa y América?" El orador católico sorprendió seguramente á muchas personas al decir que había una nueva religión, la de Satanás. Pues bien; hé ahí el satanismo en práctica: tiene sus adeptos, sus sacerdotes; tiene sus apóstoles, periódicos que se publican para difundir el espiritismo, y que no cesan de clamar que la religión de los espíritus, ó sea de los demonios, es la religión del porvenir; es ya la religión del presente; y ¡cosa horrible! se encuentran un gran número de católicos que no tienen escrúpulo en recurrir á semejantes impiedades, como

se recurría hace dos mil años á los oráculos, que eran otros tantos santuarios de Satanás.

De este modo, un dignatario de la Iglesia, un defensor oficial del papado, toma por lo serio las naderías del espiritismo. ¡Hé ahí lo que tiene el estar educado en la superstición! Tanto creen en el diablo los católicos, que por todas partes le encuentran, hasta en las especulaciones cuyo término son los tribunales de justicia, y hasta en las locuras, que terminan en un manicomio. Dejemos á un lado esas extravagancias. La esencia del satanismo es la libertad de pensar. Y ¿qué es la libertad de pensar más que la raíz de la libertad, el principio y la condición del desarrollo intelectual y moral? Confundir esa libertad en la misma reprobación que el imperio de Satanás es una locura tan grande, por lo menos, como la de las mesas giratorias y la de los espíritus llamadores. Sin embargo, la reprobación de la libertad de pensar es un axioma entre el bando ultramontano. Y mientras que los liberales la celebran como la conquista mayor del 89, los ultramontanos declaran que se avergüenzan de ella (1). Es un contrasentido, dice monseñor de Ségur: "Nosotros debemos pensar la verdad, y sólo la verdad, bajo la pena de condenación; así como debemos hacer el bien, y solamente el bien. ¿Cómo ha de ser libre pensar que cinco y cinco no hacen diez? Y ¿por qué no puede nadie tener esa libertad, sino porque en aquello hay una verdad?" Es evidente que si hay que creer que cinco y cinco hacen diez, también es necesario creer que dos y uno hacen uno; los que creen que dos y uno hacen tres libres son de creerlo; pero también de ir al infierno. Nosotros no somos libres para pensar que el vicio vale más que la virtud: luego debemos creer, bajo pena de condenación, en una verdad no menos evidente, cual es la del pecado original, debemos creer que somos culpables sin haber pecado. No somos libres para creer que Carlomagno no ha existido: luego hay que creer, bajo pena de condenación, en la Inmaculada Virgen María. Todos esos dogmas están impuestos á nuestra inteligencia, "porque son verdades, y no somos libres para discutir la verdad, y mucho menos para negarla. Para una buena in-

(1) *Le Bien public*, del 27 de Enero de 1865: «Es la libertad de la blasfemia pública; lejos de gloriarnos, nos sonrojamos por nuestro país de esa innoble conquista.»

teligencia que no se pague de palabras, la libertad de pensar es sencillamente un absurdo, y lo que es más, un pecado. Otro tanto puede decirse de la libertad de conciencia, y de la de decirlo todo y hacerlo todo. ¡Libertades!... enhorabuena; ¡pero libertades que nos llevan derechos al infierno!», (1).

La libertad de pensar, el más bello don de Dios, es, pues, un crimen que nos lleva al infierno. Y como, excepto las beatas y los idiotas, todos vivimos de la libertad de pensar, se sigue que todos somos esclavos del demonio, y que estamos destinados desde este mundo á arder eternamente en el otro con nuestro maestro Satanás. ¡Hé ahí á lo que conduce la civilización moderna, según la Enciclica y sus apologistas!

### III

Hé aquí á los apologistas más razonables en apariencia. Si se atiende á su lenguaje, parecen partidarios sinceros y entusiastas de la civilización moderna. En 1863 escribía Montalembert en el *Correspondant* que no era cierto que el papa reprobaba el *espíritu moderno* y el *liberalismo*. Era una *locura*, según él, imputar semejantes doctrinas al clero. No sabe, dice, cómo calificar semejantes inculpaciones; le parecen, más que peligrosas y rebeldes, *grotescas y pueriles*. ¡Pues qué! escribía, ¿la Iglesia reprueba el *espíritu moderno*? Eso sería condenar el espíritu humano, tal como es en el siglo XIX. Y después, ¿con qué espíritu viviría la Iglesia, si no es con el espíritu humano? (2). Montalembert olvida que es católico, y que el catolicismo está siempre en lucha con el espíritu humano, porque este espíritu está tentado sin cesar por el demonio, y sucumbe muy frecuentemente á sus tentaciones. Si la creencia en el diablo es estúpida, no es por eso menos ortodoxa; pero los que en ello creen, prueban que son más bien católicos de palabra que de fe. ¿No se encontrarán en este caso nuestros católicos liberales?

Fuera del catolicismo estrecho de la ortodoxia, nada es más sensato que las palabras del conde de Montalembert. El pregunta dónde está el *espíritu antiguo* que sería necesario preferir al *espíritu de*

*nuestros tiempos*. Un católico romano no tendría más dificultades para responder. Oigamos la respuesta del obispo de Aquila: el espíritu antiguo que los ortodoxos prefieren, dice, es el de la Edad Media, con su teología, su filosofía, su literatura y su política. ¡Muy bien! dice Montalembert; pero ¿quién se encarga de resucitarlo? Esta pregunta estaría bien en boca de un librepensador, partidario del progreso; pero ¿cómo un católico puede dudar que el *espíritu de Dios* vence al *espíritu de Satán*? Nosotros aplaudimos lo que dice Montalembert sobre el pasado y el porvenir. "¿Qué tiene el espíritu antiguo que no haya sido moderno en su tiempo? También éste será antiguo á su vez." Un filósofo del siglo XVIII no lo hubiera dicho mejor. Pero Montalembert olvida otra vez que vendrá un tiempo en que el Antecristo dominará en el mundo. ¿Quién le ha dicho que ese tiempo no ha llegado? Y si el espíritu humano era el de Satán, ¿llegará también á ser antiguo? Para un católico serio no hay más que un espíritu, el de la Iglesia, pues está escrito que las puertas del infierno no prevalecerán contra él. Esto responde á todo.

¿Es que el espíritu de la Iglesia se puede conciliar con el *liberalismo*? Montalembert se burla de los imprudentes "que están en lucha con lo que es el espíritu vital del siglo XIX, con el elemento salvador y reparador de la democracia, es decir, de la sola forma política posible en la sociedad contemporánea." Y no vacila en decir que en esto estriban los *prejuicios y los rencores de una escuela anticuada*. Tiene mucha razón cuando increpa la injusticia y la imprudencia de esos hombres de otros tiempos y que anatematizan las aspiraciones incontrastables y muy legítimas de todas las clases sociales en todas las naciones del mundo, aspiraciones conocidas bajo el nombre de *liberalismo*. Semejante anatema, no sólo procede de imprudencia, sino de locura: "¿Qué cosa hay más insensata, exclama el ilustre orador, que la de enseñar al clero á maldecir y rechazar las instituciones y las garantías que poseen ó poseerán bien pronto todos los pueblos, hasta los más atrasados, y que de hoy en adelante ningún soberano, absolutamente ninguno—que se entienda bien—se atreverá á negarlos?"

Estas últimas palabras amenazadoras iban de rechas al papa. Verdad es que las ideas, los sentimientos y las aspiraciones de Montalembert son en

(1) Ségur (monseñor de), *Estudio sobre el protestantismo de hoy día*, décimacuarta edición, p. 95, 96.

(2) *Le Correspondant*, 1863, t. LIX, p. 400, 401.

todo el reverso de la Encíclica; lo que el papa reprobaba y anatematiza, el orador francés lo celebra y lo ensalza. Por eso nos preguntamos nosotros como concilian los liberales su religión con la religión de Roma. Indudablemente hay dos catolicismos, el uno entronizado en el Vaticano, que tiene por órganos a los jesuitas, con toda su predicación a la Edad Media, y que rechazan todo lo que se aparta de su ideal, calificándolo de paganismo, racionalismo, panteísmo, ateísmo, materialismo y satanismo. Y hay otro catolicismo que conoce el mundo en medio del cual vive, que participa de sus sentimientos y de sus ideas, y que al ver que ya no quiere instituciones de tiempos pasados, declara que es una locura la del clero cuando maldice aquello que la sociedad adora. El buen sentido está seguramente de parte de los católicos que quieren conciliar la libertad con la religión. Pero ¿tienen también a su favor la fe? Si la tienen, no es seguramente la que reina en Roma. Y el verdadero catolicismo, ¿no consiste en la fe romana?

Montalembert compadece a la escuela anticuada que declara guerra a muerte al liberalismo, en lo cual hace muy bien. Por su parte, esa escuela se burla del liberalismo católico, y tiene motivo para ello. En 1831 fué Lamennais a Roma acompañado de dos hombres, orador sagrado el uno y el otro orador parlamentario; todos tres están poseídos de la noble tentativa de conciliar la libertad con la religión; pero Gregorio XVI les hizo ver que se engañaban. Montalembert y Lacordaire se sometieron. Hay, sin embargo, que desconfiar de esas sumisiones, porque se somete la lengua y se rebela el corazón; mejor dicho, es imposible que una convicción profunda cambie cada veinticuatro horas ante la palabra de un hombre. En 1845 reprobó el papa a los sacerdotes polacos que habían tomado parte en la insurrección de la Galitzia, y M. de Montalembert, olvidando su sumisión de 1832, se lamentó de la bula del papa, y procuró dar fuerza a su oposición con el mayor número posible de adhesiones; y mientras que lanzaba su anatema desde la tribuna contra los fusilamientos de la Galitzia, el *Correspondant* exhalaba su mal humor contra las tendencias absolutistas de la corte de Roma. Por ese tiempo se publicaba en Angers un periódico inspirado por M. de Falloux, y en él se hizo comprender a Montalembert que la bula de Tarnow, contra la cual se pronunciaba tan vio-

lentemente, no era otra cosa más que la Encíclica de 1832, y que al someterse a la Encíclica, se había sometido a sus consecuencias, lo cual era tanto como decirle que tenía que dejar a un lado su liberalismo si quería seguir siendo católico.

Después de 1848 le llegó el turno a Lacordaire: el célebre dominico, arrastrado por la ola revolucionaria, se echó atrás su capucha y reapareció por un momento en la escena del mundo político; fundó la *Era Nueva*, que pretendía unir la Iglesia y la libertad, así como lo había intentado Lamennais en 1830. Y ¿quién fué el que combatió esa generosa tentativa? M. de Montalembert creyó descubrir en la *Nueva Era* errores cuyo origen encontraba en el *Avenir*, y le pareció tan grande el peligro, que le denunció en el *Univers*. ¿No tenía razón M. Veillot para reírse de esas palinodias? (1). Pues no era la última la del 48. En 1863, el orador francés entusiasmó al congreso de Malinas con su fervorosa defensa de la libertad. En 1852 había aplaudido el golpe de Estado, que por cierto no vino a inaugurar el reinado de la libertad. ¿Será por lo menos el último liberalismo de Montalembert el verdadero liberalismo? Los católicos han batido palmas, y esto sólo debe poner en guardia a los librepensadores. Veamos más de cerca la doctrina de los católicos liberales.

Son éstos muy inclinados, y sobre todo Montalembert, a citar a la Bélgica como la tierra de la libertad, a un mismo tiempo amante de la religión católica y del liberalismo. Hé ahí la alianza entre la religión y la libertad, siendo lo más notable de todo que fué una mayoría católica la que consigné en la constitución belga todas las libertades posibles. Cierto, responde M. Veillot; pero los católicos belgas no aceptaron esas libertades como principio, sino como transacción: "Hicieron una cosa muy razonable, habida consideración a lo calamitoso de los tiempos." De consiguiente, los Belgas deben sus libertades constitucionales a la calamidad de los tiempos! ¿Es ese el pensamiento de los católicos del congreso? Un eclesiástico, miembro de él, escribió al *Univers* para confirmar su tesis. La constitución belga, dijo, es obra de la unión de los católicos y de los liberales; los principios que en ella se establecen no son más que la consagra-

(1) Véase sobre las discusiones entre M. VEILLOT y el conde de MONTALEMBERT, el *Univers* del mes de Mayo de 1856.

ción de un hecho; sirven de contragolpe a la Declaración de los derechos del hombre que la Asamblea constituyente formuló en 1789 como un código de leyes eternas (1).

Si esto es así, los liberales, por lo menos los que dieron fe a las palabras de los clérigos, fueron engañados en 1830; ellos no creían que consagraban hechos, sino principios, porque los hechos cambian, mientras que los principios son permanentes. Y si éstos se confundiesen con aquéllos, ¿qué sería de los principios cuando los hechos cambiasen, es decir, cuando los católicos se encontrasen bastante fuertes para no tener necesidad de transigir? Es evidente que la transacción ya no tendría razón de ser, y quedaría rota. Y ¿qué vendría a ser entonces de nuestras libertades? Pero no era ese el lenguaje que se empleaba en 1830. Cuando los eclesiásticos del congreso celebraban la libertad de imprenta como un derecho sagrado ¿decían ó pensaban siquiera que era a título de hecho? ¿Hay algún hecho sagrado? ¿Ó es que había reservas mentales en aquellas adhesiones? Nosotros preferimos creer en una influencia más legítima, aunque menos ortodoxa. En 1830, nuestro joven clero era partidario de Lamennais, y amaba sinceramente la libertad, porque creían con su maestro que nuestras libertades eran cristianas. La Encíclica de 1832 les demostró que se engañaban, y les fué preciso batirse en retirada. El lenguaje continuó siendo el mismo, pero no se sabe qué pensar ya de la doctrina. Si hemos de creer a los órganos autorizados del catolicismo, nuestros católicos liberales no lo son más que de boca.

Monseñor Laforet confiesa que la Encíclica de 1864 ha turbado y alarmado a muchas conciencias, sinceramente cristianas; que se tranquilicen, dice el obispo: la bula de Pío IX no contiene nada que condene las *transacciones políticas* que han impuesto a un gran número de pueblos las discordias religiosas de nuestra época; el soberano pontífice ha permitido que se preste juramento a esas *transacciones necesarias*, y eso basta para calmar las conciencias católicas, (2). Preciso es que las conciencias católicas sean bien fáciles de calmar, si se contentan con ese calmante. ¡Cómo! ¿Los que creían con los eclesiásticos del congreso que

nuestras libertades eran derechos sagrados mudan súbitamente de parecer, y después de las Encíclicas creen que esas mismas libertades no son más que *transacciones impuestas*? Si sus convicciones han cambiado hasta ese punto, ¿qué es lo que deben pensar las conciencias liberales? Para los liberales, nuestras libertades constitucionales son lo que eran para los hombres del 89, *derechos naturales* y no *hechos* pasajeros, y tienen mucha razón para desconfiar del liberalismo de sus adversarios. ¡Singular liberalismo el de aquel que confiesa que es liberal para ponerse a cubierto y porque se le exige que lo sea con el dogal al cuello!

Visto es que el liberalismo católico, que tanto se preocupa de conciliar la libertad moderna con la religión, ni más ni menos que la escuela anticuada de los ultramontanos, prueba que es radicalmente imposible conciliar la libertad con el catolicismo. Abramos una revista que se fundó para defender el catolicismo y las libertades modernas. En 1860, el *Correspondant* decía, hablando de la pretendida incompatibilidad entre el catolicismo y la libertad: "No es culpa nuestra si un error tan fatal ha podido acreditarse con alguna apariencia de razón entre muchas gentes; y gloria será para esta publicación el haber trabajado perseverantemente desde el primero hasta el último día en justificar ese liberalismo generoso que inauguraron después de 1830 los ilustres jefes del movimiento católico, Montalembert, Lacordaire, Ozanam..." (1).

La revista olvida a Lamennais, del cual fueron discípulos y amigos aquellos ilustres jefes. Pero pasemos por ese olvido, y preguntemos al órgano del liberalismo católico qué es lo que piensa acerca de las libertades del 89.

El *Correspondant* dice que acepta las formas de gobierno que han surgido de nuestros cincuenta años de revolución; pero las acepta como *instituciones*, no las profesa como *ideas*. ¿Qué quiere decir eso? Es la distinción entre el *hecho* y el *derecho*, ó, como dicen los jesuitas, entre la *tesis* y la *hipótesis*. Las formas políticas no son más que garantías de la libertad; el que acepta las garantías debe aceptar las libertades que aquéllas garantizan; así es, en efecto, cuando se las acepta sinceramente, pero no cuando en ellas se ve solamente un hecho. El *Correspondant* habla de los principios

(1) *Le Bien public*, del 26 de Mayo de 1856.

(2) *Revue catholique*, 1865, p. 7.

(1) *Le Correspondant*, t. XLIX, p. 850, 851.